

Nuestra mentalidad sigue anclada en el persistente cuento de hadas

En la interdicta novela folletinesca de Eugenio Sue, el judío errante aparece condenado a vivir años y siglos mientras no desaparezca íntegramente su descendencia. En el copioso acervo de nuestras leyendas figura con reiterada insistencia la del mal cristiano condenado a vagar eternamente por el mundo sin encontrar el reposo de la muerte.

No estoy en situación de juzgar si la vida, a determinada edad, llega a hacerse sinó insoportable, tediosa. Un mi tío-abuelo murió a los noventa y tantos de una manera tan sencilla como espectacular. Repetía siempre —en frase de César— que la muerte más deseable desde el punto de vista terrenal es la imprevista. Y añadía:

«Irte a dormir tranquilamente, cerrar los ojos y... no despertar, la muerte como exacta prolongación de un sueño reparador».

Tengo ante mí un tomo con poesías de Manuel Machado. La titulada «Morir, dormir, es casi una quinta-esencia filosófico-matemática. Lean:

Hijo: para descansar,
es necesario dormir,

no pensar,
no sentir,
no soñar.....

—Madre: para descansar,
morir.

Mi tío-abuelo —noventa y tantos años— encontraba monótona la vida, lamentaba que nada le conmovía y no descuidó afirmar que para ésto más valía ahuecar el ala dejando un poquitín de espacio para los que iban viniendo.

La aparición de la jalea real — que está armando un jaleo de padre y muy señor mío — sitúa frente a la tesis personal y sincera de mi tío-abuelo y de muchas gentes que están — o estaban — en su misma línea, un nuevo enfoque de la vida entroncado en el mito faustiano y en todas las antiguas consejas en las que el diablo y su círculo mágico andan por enmedio.

Del sartrismo y la angustia existencial pasamos a la exaltación de la vida a través de una fórmula alquimista en la que el hombre prolonga su juventud hasta límites insospechados.

...No será ocioso recordar que Fausto es un personaje legendario del S. XV, immortalizado en un poema de Goethe; es también un drama de Marlowe; un oratorio de Berlioz y una ópera de Gunod, con lo cual quedan de manifiesto sus valores teatrales insignes; Fausto, en Witemberg, se entrega al ocultismo. Derrocha toda su fortuna en pos de fórmulas humanamente inasequibles, y, al fin cuando no puede salir del atolladero, vende su alma al diablo a cambio de poder gozar de todos los placeres. Se enfrenta con Maximiliano I, evocando el espíritu de Alejandro el Magno, se casa con la resucitada Helena, la esposa de Menelao, y lo pasa en grande hasta que —finido el plazo— entrega su alma al ángel de las tinieblas. Esta es la primitiva leyenda del Fausto, modificada, incluso sustancialmente, como ya se sabe, por Goethe en su obra modélica, una de las más perfectas de la literatura universal.

En las aventuras del Barón Muchausen —con un paralelismo aproximado a las de Juan Casanova de

Seingalt — el mito de la vida prolongada y juvenil, mezclada con singulares incidencias, refleja también este deseo de inmortalidad floreciente que, por lo visto, ha sido una aspiración tan eterna como universal. En realidad la historia del hombre aparece oscilando como un péndulo entre los dos extremos de un culto esteril a la vida terrena y una renunciación al mundo en aras de una realidad feliz ultraterrena, excepto en los relativamente recientes brotes del existencialismo en el que la actitud negativista alcanzó extremos de una morbosidad total.

No estoy capacitado tampoco para entrar en consideraciones metafísicas, y teológicas sobre el éxito que está obteniendo entre nosotros este producto natural o químico que promete un rejuvenecimiento cierto del organismo humano, basándose en su acción sobre el sistema administrativo y gubernamental de las abejas. Un especulativo dado al estudio de las motivaciones del hombre frente a la brevedad de la vida ha de encontrar en este movimiento pendular incontables principios y derivaciones de amplia base filosófica. Lo cierto y lo concreto es que nos hallamos en una fase de euforia a la que es fácil vaticinar una más o menos inmediata vertiente depresiva.

A pesar de los avances técnicos nuestra mentalidad sigue anclada en el persistente cuento de hadas. El mito de la longevidad, a cargo del diablo, o de Moronoff o de Bogomolew o de corrientes eléctricas o de maravillosas operaciones quirúrgicas, encuentra siempre campo abonado para manifestarse. Los calvos, que se conformaban con la tesis del Dtr. Marañón según la cual la falta de cabello es el más claro signo de virilidad, han abandonado la inoperante prueba del embadurnamiento con aceite de recino y se han lanzado en brazos de la jalea real. Los reumáticos, los tímidos, los achacosos y los ancianos que sueñan en una vida terrena de ida y vuelta, compran este producto aún a sabiendas de que no hay suficientes abejas en el mundo para producir ni la décima parte de la substancia ésta que circula por el mercado (1). Estamos otra vez en un momento en la historia de la humanidad en la que se piensa más en la vida que en la muerte; estamos en un renacimiento. Y no es difícil vaticinar que la historia del hongo teomicina se va a repetir con la única diferencia de que aquello fué una moda inocua para el bolsillo y en ésto va a ocurrir todo lo contrario. Las propiedades vitalizadoras de la jalea real son clarísimas pero de ésto a los milagros que se han inventado a cuenta de ella va un abismo que sólo se puede salvar en el reino de los sueños y de las quimeras mágicas.

La cuestión, empero, no es tanto la jalea real como su trasfondo; este cambio de mentalidad en nuestras gentes que las hace creer y esperar en una prolongación de la juventud sin paréntesis ni punto y aparte.

Antonio Miralles Manresa

(1) Se ha conseguido intensificar la producción de jalea real mediante el sencillo expediente de separar a la reina de su enjambre. Inmediatamente las abejas nodrizas se lanzan a su tarea trabajando al máximo.